

**Palabras pronunciadas por el  
académico vicepresidente Héctor Balsas  
en el acto de inhumación de los restos  
del académico Julio C. da Rosa**

La Academia Nacional de Letras del Uruguay se hace presente en este momento ante los restos de D. Julio C. da Rosa, académico de número de la institución. Su fallecimiento la sacude por haber sido miembro distinguido por su desempeño en ella, ya que, habiendo ingresado en 1970 para ocupar el sillón “Ernesto Herrera” en lugar de D. Fernán Silva Valdés, avanzó durante su prolongada permanencia, hasta llegar a desempeñarse como presidente del organismo. Si bien en los últimos tres años se hallaba algo alejado de su función académica, es sabido con certeza que su ayoyo y su cariño se mantenían firmes y fieles a un instituto cultural que le dio abrigo y al que proporcionó sus esfuerzos e inteligencia.

D. Julio era el decano de los académicos. Este decanato es otro galardón para agregar a los muchos conseguidos en su extensa vida intelectual, que nadie desconoce ni niega. Trabajando en el terreno de la investigación como miembro de comisiones académicas y desenvolviéndose en el terreno de la creación como autor de primera línea, constituye un ejemplo de perseverancia en una actividad difícil, que no es para todos y que le permitió influir en el desarrollo y engrandecimiento de las letras uruguayas.

No es este el momento de enumerar su quehacer autoral ni de subrayar su calidad literaria o su prolífica producción, pero sí hay que señalar que desde su primera obra escrita hasta su última tarea mostró una gama amplia, segura, innegable, de valores que no permiten dudar de que el lugar ocupado por él no fuera el que le correspondía.

Luego de este momento de dolor y con la serenidad ya instalada en el espíritu vendrán los estudios, las valoraciones, la discusión acerca de todo lo que da Rosa hizo y fue –y es, porque su trabajo no muere con él– en una vida llena de alegrías y desazones, de afirmaciones y dudas, como es la vida de cualquier mortal que calce sus puntos intelectuales.

Ahora hay que decir, simplemente, que da Rosa fue un hombre bondadoso, afable, enérgico cuando la situación lo requería, solidario y amigo. Los altibajos que puedan señalarse dentro de esta escala de virtudes no empalidecen ni desmerecen su vida.

Que descansa en paz con la seguridad de haber pasado por este mundo terrenal con la sencillez y la bonhomía que corresponden a un hombre de verdad.